

La experiencia de Salud y las comunidades creativas

“Mi barrio es un barrio obrero, pobre, en el que se pueden encontrar la mayoría de las miserias humanas. Los jóvenes teníamos como perspectiva, en el mejor de los casos, algún trabajo no muy bien pagado. Pocos eran los que terminaban estudios medios. Pocas perspectivas más, aparte de que había un fuerte paro, droga, un índice alto de alcoholismo, etc... Yo tenía catorce años cuando conocí a los jóvenes de mi parroquia. Por primera vez me encontré con un grupo de gente que hacía palpable, evidente, que Dios es amor. Yo jamás me había planteado esto. Para mí, Dios hasta entonces, había sido algo de cielo para arriba. Había ido con mis padres algunas veces a misa, pero era todo lejano. Dios amor iba calando poco a poco en lo más profundo de mi ser. Era totalmente nuevo, distinto, luminoso. No era aquello mediocre que acostumbraba a ver. Esto, que Dios me amara a mí, era demasiado grande, perdida en este barrio, así como era, tímida, adolescente. Me llenaba de ilusión, de esperanza. Me hacía desear amar a los otros, como por instinto. Tuve el valor de ir a un poblado de gitanos cercano, del que la gente normalmente solía alejarse, porque era peligroso y no se atrevían a cruzarlo. En cambio, este Dios amor experimentado junto con otros nos lanzaba a tocar las necesidades más perentorias alrededor nuestro, a buscar también la dignidad de las personas. Recuerdo muchas experiencias concretas. Como ir a aquella persona que sufre un desequilibrio mental, y que todos consideraban intratable. Íbamos a amarle con ese modo de amar que viene de Dios, un amor que transforma, que no es esa caridad mal entendida que mira desde un plano superior, sino aquella caridad que recupera la dignidad, que devuelve la paz al alma, que es concreta, que la hace sentir útil. Es ese amor que consigue que ella se ponga en tratamiento, que el marido vuelva a casa, que encuentre un trabajo digno, y que comience una vida normal. Esto como fruto de este amor que experimentamos de Dios y se vuelca hacia los hermanos solo como Dios lo haría”¹.

Sólo puede vivir con sencillez y naturalidad este amor, tal y como se expresa en este testimonio de Salud Infantes, una madrileña del barrio de San Blas, quien lo ha descubierto en Dios, y que, sin haberlo programado, se ha encontrado con una de esas “comunidades creativas” en el seno de la Iglesia, de una iglesia que puede ser minoritaria, pero que como muestra este testimonio, no por eso deja de ser significativa para el hombre y la sociedad de hoy. ¿Comunidades creativas? Ya como cardenal, Joseph Ratzinger artículo esta expresión para definir la Iglesia del futuro, una Iglesia formada por “comunidades creativas”. Para muchos resultó escandaloso. Incluso algunos lo interpretaron como una señal de alarma profundamente pesimista ante el avance de la secularización, cuando lo cierto es que siempre se refirió a ello como una providencial oportunidad para la Iglesia, la oportunidad de renacer de entre las cenizas de la profunda crisis tanto de la cultura occidental tradicional como de la modernidad, con nuevo rostro y nuevo impulso misionero. Se trata de esas minorías formadas por las comunidades cristianas de base, en las parroquias, en los grupos carismáticos, en diversas instituciones, en los movimientos eclesiales, en los ámbitos de presencia social de los cristianos, como son el de la educación, el trabajo, la economía, la comunicación social, y la política, y en sus correspondientes organizaciones laicales.

Ni San Juan XXII, ni San Pablo VI, ni el beato Juan Pablo I, ni San Juan Pablo II, ni Benedicto XVI, ni el Papa Francisco, mostraron jamás ni el más mínimo atisbo de nostalgia por los tiempos de “cristiandad” (...) Siendo ya Papa, Benedicto XVI repitió varias veces el concepto y el alcance de una Iglesia de “hoy para mañana” formada por pequeñas comunidades creativas: “normalmente son las minorías creativas las que determinan el futuro y, en este sentido, la Iglesia católica debe comprenderse como minoría creativa que tiene una herencia de valores que no son algo del pasado, sino una realidad muy viva y actual. La Iglesia debe actualizar, estar presente en el debate público, en nuestra lucha por un auténtico concepto de libertad y de paz”². No son pocos los que como el Cardenal Ricardo Blázquez ven en la obra del gran teólogo dominico francés Yves Congar un anticipo de esta reflexión, e incluso, de la propuesta de reforma eclesial del Papa Francisco. En su obra “Por una iglesia pobre y servidora”, Congar propone, como explican sus editores, “una Iglesia que busque servir y no dominar. Que tenga sobre todo palabras de acogida y no de condena. Que abra las puertas no sólo a los creyentes sino a toda la humanidad”³.

¹ MANUEL MARÍA BRU. *El clamor de los pobres. Aprender a compartir*. Ciudad Nueva. Madrid 1996, pp. 49-51.

² BENEDICTO XVI. Encuentro con los periodistas durante el vuelo hacia la República Checa. Texto citado.

³ Cf.: YVES CONGAR. *Por una Iglesia servidora y pobre*. San Esteban. Salamanca 214, 130p.